

ce la necesidad del control de armas, de la no proliferación de armas nucleares, y del desarme general.

La conclusión general de los cuatro investigadores es la de que, en vista de la precaria interacción de los esfuerzos en pro de la integración que resulta de los procesos políticos, económicos, históricos y militares, el movimiento en favor de la unidad europea ha disminuido desde 1957, y que en ambos países ha contribuido grandemente a ese resultado el resurgimiento del nacionalismo. Los autores concluyen que en 1964 —y esto es cierto también en 1968— no existía un interés común, en Francia y Alemania Occidental, suficiente para emprender el gran esfuerzo necesario para echar a andar de nuevo el movimiento de integración.

Como lo sugiere el profesor Deutsch, esta es una situación intranquilizante, pero no desesperada. Se puede esperar razonablemente que, en la próxima década, los sucesos políticos y económicos volverán a ser favorables para la cooperación y la integración europea, aunque tal vez los Estados Unidos desempeñen un papel diferente.

Las investigaciones se realizaron en 1964, y se publicaron en 1967. Sin embargo, en los tres años transcurridos han ocurrido sucesos de la mayor importancia política: ya no es sólo el potencial nuclear de Francia el que no puede pasarse por alto, sino también el de China; la participación de Estados Unidos en Vietnam ha crecido enormemente; Francia se ha separado de la OTAN y ha establecido su propio potencial nuclear; y la idea de una fuerza nuclear multilateral expiró gloriosamente. En consecuencia, ¿los hallazgos de 1964 resultan inoperantes en 1967, o por el contrario las *tendencias* descubiertas en 1964 eran tan fundamentales como para seguir siendo aplicables? Los autores nunca tuvieron la intención de determinar en definitiva las contribuciones de Francia y de Alemania Occidental al establecimiento y funcionamiento de la Alianza Atlántica. Como hemos visto, su objetivo era el de determinar tendencias, y ello lo han logrado en forma experta.

ELISABETH ESSER BRAUN

MANUELA SEMIDEL, *Les Etats-Unis et la Révolution Cubaine*. Armand Colin, Paris, 1968. (Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, núm. 166.)

En 1959 el Movimiento 26 de Julio carecía de ideología; nacional y revolucionario, más que programa constructor tenía un enemigo al que vencer. Mientras estuvo en la Sierra Maestra, Castro aceptaba el vago liberalismo de J. Chibás y en 1959 rechazaba tanto el “pan sin libertad” como la “libertad sin pan”, metiendo en el mismo saco al capitalismo y al comunismo. ¿Cómo explicar, pues, el paso rápido de ese eclecticismo revolucionario a la Cuba socialista? Según T. Draper, fue la necesidad de cuadros disciplinados y capaces, de una ideología estructurada y de una ayuda exterior (“un jefe en busca de un movimiento, un movimiento en busca del poder, un poder en busca de una ideología” *Castro's Revolution*, 1962, p. 40), a lo que Zeitlin y Scheer oponen la

presión de los Estados Unidos y no la necesidad interna (*Cuba, Tragedy in our Hemisphere*, 1963) siguiendo a C. W. Mills. Nadie cree poder explicar todo lo sucedido en Cuba a través de la política de Estados Unidos, y es absurdo presentar a Castro como uno de los perros de Pavlov reaccionando a todos los estímulos, pero los Estados Unidos pesaron, y mucho, en la historia de la Revolución cubana.

El estudio de M. Semidei analiza justamente la política de Estados Unidos frente a Cuba entre 1959 y 1964, de manera más precisa en tres períodos, a saber: de enero de 1959 a la supresión de la cuota azucarera; de Bahía de Cochinos a la crisis de los misiles; y de esta crisis a la caída de Jruschov.

Después de la historia de la primera Revolución cubana, en 1933, el autor esboza la de las relaciones entre Estados Unidos y Castro, examinando las diversas interpretaciones propuestas desde 1959, utilizando los últimos trabajos aparecidos y las informaciones que recogió personalmente en ese país acerca de personalidades norteamericanas y cubanos emigrados (falta una encuesta paralela hecha en la Isla).

A lo largo de su obra el autor va planteando una serie de interrogantes: ¿la ruptura entre los dos países era necesaria e inevitable?, ¿qué oportunidades tiene la Revolución de sobrevivir y de extenderse?, ¿es real la independencia que la Revolución le ha dado a Cuba? El autor cree —y con ello encuentra una solución a medio camino entre la de Draper y la de C. W. Mills— que Estados Unidos no podía sostener la revolución que Castro quería llevar a cabo para asegurarle a su país una independencia hasta ese momento inexistente. En ambos lados el peso de la historia y de las estructuras sociales hacían la ruptura casi inevitable.

De hecho estas preguntas suelen quedar sin respuesta (en la página 11 el autor se excusa, se explica y es fácil comprenderle) y el tema preciso del libro queda más restringido: se limita a la evolución de la política americana frente a Cuba. Cosa curiosa, el caso de Cuba recuerda al de China Popular, país igualmente sometido a una larga influencia americana, considerado también como un país amigo tradicional y seguro. Tanto en 1949 como en 1960 la opinión pública americana —y el gobierno americano— no comprendieron la toma del poder por los revolucionarios, y en los dos casos se organizó un "lobby" muy eficaz que pedía una política dura, cada vez más dura, para el "traidor". Uno de los aspectos más interesantes del libro radica en el análisis de las fuerzas políticas que, en Estados Unidos, tratan de orientar la política del gobierno, que a pesar de sus grandes poderes, y aunque su responsabilidad sea total, no dispone dado su sistema político, más que de una zona bastante estrecha para maniobrar. En el caso cubano el presidente debe defender su autoridad contra los "subgobiernos" compuestos por intereses particulares cuyas potencia y autonomía aumentan sin cesar (p. 178). La política interior y la exterior están estrechamente unidas y no se puede discernir cual es el tipo de consideración dominante.

Las dificultades del autor para mostrar las causas y distribuir las responsabilidades aumentan con la manera de definirse mutuamente las políticas americana y cubana, una con relación a la otra, y porque contribuyen a la creación de los mismos peligros que denuncian: los

Estados Unidos al tratar, en el momento de Bahía de Cochinos, de suprimir la "subversión castrista", sólo ayudaron a ampliar la amenaza; los cubanos estuvieron a punto, en el momento de la crisis de los misiles, de provocar la invasión contra la que se querían proteger.

¿Qué puede quedar para el porvenir de este libro que tan bien plantea el problema? Estados Unidos jamás ha comprendido a la Revolución cubana y los Kennedy no son una excepción (después de la muerte de su hermano, Robert sigue pensando que Cuba es una grave amenaza para el continente, p. 160). Varios observadores norteamericanos, especialmente periodistas como K. Meyer y Tad Szulc se muestran sorprendidos por el carácter "jacobino" de la Revolución cubana y por su fidelidad —relativa— al esquema revolucionario francés. Quizás ésta sea una de las razones del trauma padecido por la opinión pública americana, educada en el culto del legalismo.

Todas las probabilidades conducen, piensa el autor (p. 173) a que las relaciones entre los dos países queden en punto muerto durante los próximos veinte años porque, en el fondo, los Estados Unidos ya no se interesan por un país que parece definitivamente perdido para el Occidente. Sin embargo ¿esta indiferencia o esta resignación no es, en cierto modo, lo que permitiría reanudar las negociaciones? No debe, sin embargo, contarse con ello para una fecha inmediata porque, por un lado, los cubanos no se resignan tan fácilmente como se pretende creer a que su Revolución se limite a su espacio insular: "Fidel Castro es un hombre difícil de manejar. Los soviéticos le han pedido en varias ocasiones que se concentre sobre Cuba, en vez de ir a fomentar escándalos afuera, pero Castro no nos escucha", (tomado del informe de John Scali sobre su conversación con Fomin, citado en la p. 132). Por otro lado el gobierno americano no ha variado en su manera de razonar desde 1964: la Revolución pasa por una grave crisis económica de la que debe sacarse partido para acentuar la presión que puede debilitar al régimen.

Este libro ha sido publicado en 1968 y los cubanos, en este momento, están convencidos de que Estados Unidos, tan pronto como logren salir del avispero vietnamita, se volcarán contra ellos para tratar de terminar con lo que se les antoja una provocación inadmisible... Podría ser este el epílogo del libro de Manuela Semidei.

JEAN MEYER,
El Colegio de México

VLADIMIR REISKY DE DUBNIC, *Political trends in Brazil*. Public Affairs Press, Washington, D. C., 1968, IX, 184 pp.

Las peculiaridades que acompañaron la instauración del gobierno militar en Brasil, en abril de 1964, despertaron un inusitado interés en numerosos estudiosos norteamericanos. A partir de entonces, han aparecido trabajos que, en base a propósitos diversos, han procurado conocer e interpretar la cada vez más compleja realidad brasileña. El libro pertenece a esta tendencia.

Después de una larga permanencia en el campo de las investiga-